

Elocuencia y retórica en Roma a fines del s. I

La lectura de diversos textos literarios, pertenecientes a los tiempos de Nerón y años posteriores hasta los inicios del siglo II después de J.C., nos dan ocasión para realzar conjuntamente unos datos que, reiterados por los autores de esta época, pueden servir para completar el cuadro de conjunto de la situación de crisis de la elocuencia romana y de las escuelas de Roma ¹, así como de las reacciones que provoca su ruina en este momento histórico, centradas en un postrer intento de revitalización y de búsqueda de un remedio eficaz, que pudiera poner freno a su descrédito y progresivo aislamiento en las élites intelectuales ², apartadas de la vida real de la sociedad romana.

Los datos que recogemos, que podrían ser la base documental parcial de un estudio más profundo para conocer el contexto general en el que se dio esta etapa de la elocuencia, pueden agruparse en tres momentos concretos, a modo de muestra, dentro del último tercio del siglo I, si bien ampliamente tomado: los últimos años del reinado de Nerón, en los que encontramos algunos indicios en varios autores coetáneos; la situación que nos describe el *Diálogo de los oradores*, cuyo desarrollo se finge entre los años 74-5 y se escribió hacia el 81; como tercer momento, los años finales del siglo I y los primeros del II, cuando nuevas circunstancias políticas parecían propiciar una nueva floración y resurgimiento de los valores apreciados en el mundo de la cultura y la retórica en Roma.

1 M. L. Clarke, *Rhetoric at Rome. A Historical Survey*, 3 ed. (London 1968) p. 102; G. Kennedy, *The Art of Rhetoric in the Roman World 300 B.C.-A.D. 300* (Princeton 1972) p. 446 ss.

2 H. Caplan, *Of Eloquence. Studies in Ancient and Mediaeval Rhetoric* (Ithaca 1970) p. 162.

Las referencias que nos ofrece cada uno de los autores que consideramos, siempre sin añadir ni completar por nuestra parte donde falten los datos, la presentamos en una descripción de la situación, según se presenta a sus ojos; en segundo lugar, la reacción de cada autor ante ella y, por fin, el ideal al que se debe tender para hallar solución a la problemática que se plantea.

A pesar de que nos faltan los testimonios directos de los autores que vemos criticados en los textos que nos han llegado³, y no podemos, por tanto, tenerlos presentes para formar nuestro propio juicio independiente, por Séneca el Rétor se puede saber, y ello a pesar de su gusto personal por la elocuencia y las declamaciones, que la escuela ya anteriormente había dejado de ser una forja de hombres para el foro, reducida a un trabajo de instrucción de los niños en edad escolar⁴.

Dentro del campo de la elocuencia pública el mismo Nerón, cuyo deseo y ansia de gloria y protagonismo es suficientemente bien conocido, muestra en los fragmentos conservados del *Discurso a los griegos en Corinto* el grado de postración en que se desenvuelve la oratoria de su momento histórico. Wilamowitz puso ya de manifiesto en sus comentarios que se trataba de un ejemplo característico de la llamada *corrupta eloquentia*, por sus rasgos de cadencia rítmica, por la tipología de sus cláusulas finales o por las figuras de dicción empleadas. El gran filólogo alemán justifica al orador, Nerón en este caso, con estas palabras: «este tipo de elocuencia dominaba entonces el mundo y el público medía el valor del discurso, no por el fondo, sino por la forma»⁵.

3 A. D. Leeman, *Orationis ratio. Teoria e pratica stilistica degli oratori, storici e filosofici latini* (Bologna 1974) pp. 324 ss. y 391 ss. Leeman lleva a cabo un elenco de estos oradores divididos por las teorías aticistas o asianistas, recogiendo los datos que nos han quedado sobre ellos, y la reacción frente a ellos.

4 H. Bornecque, *Les déclamations et les declamateurs d'après Sénèque le Père* (Hildesheim 1967); S. F. Bonner, *Roman Declamation in the Late Republic and Early Empire* (Liverpool 1969) p. 31 ss.; Leeman, o. c., p. 302 ss.; J. Oroz Reta, 'El arte de la palabra en la antigüedad', *Helmantica*, XXI (1970) 68-69 escribe: «La retórica se va fosilizando en las formas antiguas. El arte de la palabra ya no sirve para afilar las armas para la lucha de la vida política, ni para preparar al orador ni formar al hombre de estado».

5 U. Milamowitz-Moellendorff, *Griechisches Lesebuch. II Erläuterungen* (Weidmann-Zürich 1966) pp. 258-59.

Contra Nerón lanzó Persio su sátira I, «una invectiva contra la retórica pomposa, contra la manía general de hacer versos y de celebrar recitaciones públicas»⁶. Ataca el tipo de educación que se está proporcionando a los jóvenes, la ceguera de los padres para con los hijos, la oratoria judicial desvirtuada y sin nervio. Aunque con Paratore se acepte que ha acumulado Persio todo el viejo arsenal romano de lugares comunes diatribicos, que arranca de Lucilio, el cuadro no deja de aparecérsenos con tintes impresionantes de depravación del gusto literario y la sensibilidad por la sana elocuencia de otrora.

Adversario decidido también de esta situación es Séneca el filósofo, quien en su correspondencia dirigida a Lucilio, probablemente en los años 63 y 64, toca directamente el tema, profusamente en algunas de sus cartas, y arremete indignado contra las exigencias del público, casi embrutecido por los espectáculos del circo, y contra los histrionismos de los declamadores, pertenecientes en ocasiones a los círculos más elevados, que practican las lecturas y declamaciones públicas. Rechaza con fuertes protestas ese estilo lleno de petulancias y arcaísmos con apariencia de erudición vana, según escribe en su *Epist.* 114, 13-4: *Multi ex alieno saeculo petunt uerba, duodecim tabulas loquuntur...*

Encuentra Séneca otros oradores que se gozan en hablar con una fluidez vertiginosa y en que no aparezca en su discurso ningún elemento de orden ni elegancia, cosa que no podría permitir, como encontramos en 40,8: *Vix oratori permiserim talem dicendi uelocitatem inreuocabilem ac sine lege uadentem*, o en 100, 6: *quidam usque eo aspera gaudent... et clausulas abrumpant ne ad expectatum respondeant*: de quienes emplean estos malos artificios Séneca mismo nos ofrece el retrato, prometiendo a su vez no caer en ellos, incluso en el supuesto de verse en sus mismas circunstancias: *Etiam si disputarem, nec supploderem pedem nec manum iactarem nec attollerem uocem, sed ista oratoribus reliquissem* (75,2). Por los términos a los que debe dar explicación en la carta 114,1 sabemos, al menos en parte

⁶ A. Persio Flaco. *Sátiras*. Edición, introduc. y comentario por M. Dolç (Barcelona 1949) p. 19; Caplan, o. c., p. 184; E. Paratore, *La letteratura latina dell'età imperiale* (Firenze 1969) p. 76.

por ahora, las características de la *corrupti generis oratio*, pues en ella debe contestar a Lucilio su cuestión acerca de *quomodo in quaedam uitia inclinatio ingeniorum facta sit, ut aliquando inflata explicatio uigeret, aliquando infracta et in morem cantici ducta*.

Su deseo manifiesto de elevarse sobre tal estilo quiere inculcarlo también a sus discípulos y por ello impulsa, casi implorando, a su interlocutor y discípulo, Lucilio, a que aspire a la mayor altura, lejos de tal ramplonería, aunando la máxima honradez y transparencia de las palabras con la vida. Su reacción, pues, estriba en dar un contenido profundo al discurso, librándolo de todo lo vano y cargándolo, en su caso, de una gran enseñanza moral que quiere inculcar con estas palabras: *Haec sit propositi nostri summa: quod sentimus loquamur, quod loquimur sentiamus; concordet sermo cum uita... (eloquentia): sit talis ut res potius quam se ostendat* (75,4-5). Trata de unir oratoria y vida moral.

Cuando en varias ocasiones ha de proponer a Lucilio un ejemplo que seguir y tener presente en su aprendizaje y en su actuación personal, le sugiere la imitación de Cicerón, al que veremos en adelante como modelo⁷ y casi medio único para afrontar la decadencia de la oratoria, de cuya lectura, en obras y discursos, deberá sacar las ideas que puedan servirle de guía: *Epist.* 100,7: *Lege Ciceronem: compositio eius una est, pedem curuat lenta et sine infamia mollis*, como a él mismo le sirve de ejemplo, *mihi in nostrum sermonem mutare permittitur Ciceronis, disertissimi uiri, exemplo* (107,10).

También otros personajes pueden servir de modelo y de su lectura puede seguirse gran utilidad por su estilo, contrario a las corrientes de la época, y por el cuidado y elegancia de su discurso, como nos lo presenta en 100,5: *Fabianus non erat neglegens in oratione sed securus. Itaque nihil inuenies sordidum: electa uerba sunt, non captata, nec*

7 Puede verse como ejemplo de su persistencia en la escuela sus huellas en san Agustín. Cf. J. J. Murphy, *A Synoptic History of Classical Rhetoric* (New York 1972) p. 183; E. Auerbach, *Lenguaje literario y público en la Baja Latinidad y en la Edad Media* (Barcelona 1969) p. 30 ss.; J. Oroz Reta, *La Retórica en los sermones de san Agustín* (Madrid 1963) pp. 27 ss.; en pp. 325 ss. se matizan estas influencias de Cicerón.

huius saeculi more contra naturam suam posita et inuersa, splendida tamen quamuis sumantur e medio. Era, además, según 40,12, ejemplo de hombre sabio y mesurado, ideal al que aspira Séneca en su instrucción para llegar a la sabiduría, desde la que se podrá enjuiciar lo necio de los artificios oratorios vigentes y la dignidad de una elocuencia ágil, pero no apresurada y torrencial: *disputabat expedite magis quam concitate, ut posses dicere facilitatem esse illam, non celeritatem. Hanc ego in uiro sapiente recipio, non exigo; ut oratio eius sine impedimento exeat, proferatur tamen malo quam profluat.* Esta recomendación la encontramos también en otras cartas, como 40,14: *sapienti uiro incessus modestior conuenit, ita oratio pressa, non audax*, o en la sencillez pedida en 40,4: *Adice nunc quod quae ueritati operam dat oratio incompressa esse debet et simplex*, sencillez que se relaciona con la verdad.

En último término disculpa a aquellos pocos oradores carentes de vigor en la oratoria y pobres en sus máximas y sentencias, siempre que se pueda descubrir en ellos la honradez que falta en la elocuencia corrupta de sus días: (100,8) *Deest illis oratorius uigor stimulative quos quaeris et subitici ictus sententiarum; sed totum corpus uideris quam sit compositum, honestum est.* Pero éstos eran los menos, ya que los excesos y necesidades de la época han llevado a Séneca a dar aquella conocida pincelada lúgubre de la inmoderación de su tiempo en todos los aspectos y muy principalmente en la enseñanza: *quemadmodum omnium rerum sic litterarum quoque intemperantia laboramus: non uitae, sed scholae discimus* (106,12).

Por estos mismos años, muy probablemente, y acaso como un indicio más que ayuda a la datación de la obra, Petronio nos ofrece un nuevo esbozo del panorama poco halagüeño de la situación de la escuela en estos momentos y de la elocuencia en general. La suasoria inicial, con la que se nos abre ahora el *Satiricón*, considerada por algunos como «un programa educativo» de los tiempos de Nerón⁸, nos muestra la ruina de la elocuencia, por «los abusos del

⁸ *Petronio. Satiricón.* Texto revisado y traducido por M. C. Díaz y Díaz (Barcelona 1968) p. LIII.

asianismo en su estilo, imperante ya desde la época de Augusto»⁹ que imponía sus exigencias a los rétores, sometidos al entorno social: *primi omnium eloquentiam perdidistis. Leuibus enim atque inanibus sonis ludibria quaedam excitando effecistis ut corpus orationis eneruaretur et caderet* (2,2).

Los hombres dedicados a la enseñanza en las escuelas son sometidos a todo tipo de vejaciones y desconsideración, *sic eloquentiae magister... sine spe praedae moratur in scopulo* (3,2-4). Los alumnos se tornan lerdos y embotados para la verdadera elocuencia, mal instruidos en temas de piratas, tiranos, doncellas inmoladas y otras locuras¹⁰. Pero contra el ambiente familiar degradado y el abandono de los padres, verdaderos responsables de la ignorancia en que quedarán los niños y de los problemas en que se debaten las escuelas, lanza su mayor acusación: *Parentes obiurgatione digni sunt qui nolunt liberos suos seuera lege proficere*, (4,1-4): al no permitir que los rétores impongan disciplina y laboriosidad en la escuela, buscando sólo el relumbrón, los padres son los verdaderos causantes de la situación.

También Petronio tiene presente la decadencia general del momento, dibujada a grandes rasgos en el capítulo 88 por Eumolpo. El deseo y avidez de dinero sofoca todo otro sentimiento y nadie quiere tomar la menor molestia por la elocuencia y la sabiduría: *Quis unquam uenit in templum et uotum fecit, si ad eloquentiam peruenisset? quis, si philosophiae fontem attigisset?* La solución ha de venir por el sometimiento a la sencillez y severidad de la disciplina:

*Artis seuerae si quis ambit effectus
mentemque magnis applicat, prius mores
frugalitatis lege poliat exacta*, (5,1)

como había expresado en términos referidos a la elocuencia pidiendo elegancia y naturalidad¹¹ en ella (2,6).

⁹ 2, 7: *Nuper uentosa istaec et enormis loquacitas Athenas ex Asia commigrauit animosque iuuenum ad magna surgentes ueluti pestilenti quodam sidere adflauit.*

¹⁰ 1, 3: *et omnia dicta factaque quasi papauere et sesamo sparsa.*

¹¹ *Grandis et ut ita dicam pudica oratio non est maculosa nec turgida, sed naturali pulchritudine exsurgit.*

El *Diálogo de los oradores*, muy fundadamente atribuible a Tácito en su juventud, nos traza una crítica de la decadencia de la oratoria y levanta una reacción diversa ante ella, más agria y virulenta que las esbozadas hasta aquí. El *Diálogo de los oradores* es más explícito y duro en su crítica de la oratoria anterior, entroncando también su punto de vista en la misma problemática de orden moral que Séneca o el *Satiricón*, pero realza, además, la incidencia de las circunstancias políticas¹² como factor importante dentro del ámbito general de la cultura del momento que estamos considerando.

Refiriéndose con todo detalle al aprendizaje que se seguía en las escuelas y criticando las circunstancias de abandono y despreocupación de los padres, describe con abundantes notas, y como en una panorámica general, las deficiencias en que se desenvuelve la educación de los jóvenes en su tiempo: *deducuntur in scholas, in quibus non facile dixerim utrumne locus ipse an condiscipuli an genus studiorum plus mali ingeniis adferant* (35,3). En tales escuelas no es, pues, de extrañar el pésimo aprendizaje que adquieren los futuros oradores y la ignorancia en que quedan de las verdaderas artes y modos de la retórica, causa primera y principal de los vicios que aquejan a la oratoria: *Ergo hanc primam et praecipuam causam arbitror, cur in tantum ab eloquentia antiquorum oratorum recesserimus* (32,4); desde el principio de la obra la había buscado a instancias de Fabio, preguntándole por la razón de la ausencia de buenos oradores en comparación con anteriores etapas plenas de oradores eminentes: *cur, cum priora saecula tot eminentium oratorum ingeniis gloriaque floruerint, nostra potissimum aetas deserta et laude eloquentiae orbata uix nomen ipsum oratoris retineat* (1,1). En otro momento en breve síntesis da más explícitas estas causas¹³: *quis enim ignorat et eloquentiam et ceteras artis descuuisse ab illa uetere gloria non inopia hominum, sed desidia iuventutis et negligen-*

12 Ya anteriormente Séneca el Viejo había indicado como posible causa del cambio en la elocuencia la situación política en el prefacio de su obra. Sugiere Séneca que probablemente el no conseguir honores los oradores determinó que éstos no se dedicasen con tanto afán e interés. Cf. *Controu.* I, pr. 7.

13 Leeman, o. c., p. 393.

tia parentum et inscientia praecipientium et oblivione moris antiqui? (28,2).

Con todo, su mayor insistencia y su mérito estriba en haber insistido en que las circunstancias políticas habían cambiado en Roma, siendo por ello un factor determinante de la decadencia y postración a que había llegado la elocuencia¹⁴. Las limitaciones impuestas por la tiranía de los emperadores, si bien podían favorecer la paz, habían coartado la libertad y reducido a la impotencia el ejercicio de la oratoria¹⁵: *postquam longa temporum quies... ipsam quoque eloquentiam sicut omnia alia pacauerat* (38,8).

El remedio propuesto por Tácito afecta a dos planos distintos: el deseo de volver al esmero y preocupación de los antepasados por la educación¹⁶ de los jóvenes (34,1) y el propósito firme de retornar a la oratoria ciceroniana con sus excelentísimas virtudes y cualidades, reviviendo las circunstancias morales, políticas y sociales que la hicieron florecer, en las que el orador se sentía libre, aplaudido y elemento principal y los romanos todos defensores de sus propios intereses: *oratori autem clamore plausuque opus est et uelut quodam teatro: qualia cotidie antiquis oratoribus contingebant... cum in plerisque iudiciis crederet populus Romanus sua interesse quid iudicaretur* (39,4).

Marcial en sus epigramas, aunque debamos acercarnos a la poesía con las debidas precauciones, nos presenta una caricatura de aquella grandilocuencia sin medida, cuando arremete contra un tal Póstumo. Había convertido este leguleyo una simple discusión sobre unas cabrillas en un tema de asesinato o grave declaración de guerra¹⁷:

*Non de uni neque caede nec ueneno,
sed lis est mihi de tribus capellis* (VI 19).

En el campo de la escuela y la enseñanza, a un amigo, que le insiste en que le indique un maestro digno de confianza para su hijo, confiesa que no encuentra ninguno

14 M. Dolç, *Retorno a la Roma clásica* (Madrid 1972) p. 179.

15 Caplan, *o. c.*, p. 190.

16 Este concepto lo hemos expuesto de forma más completa y adecuada en otro trabajo, 'El género didáctico en Roma de Cicerón a Quintiliano', *Anuario de Filología*, II (1976), pp. 83-97.

17 Dolç, *Retorno...*, p. 181.

de tales cualidades para recomendárselo, aparte de lo poco lucrativo que es tal oficio, por bajo de cualquier otro del momento (V, 56). El poeta mismo aconseja evitar gramáticos y rétores y no quiere aparecer en conexión con ellos. Recuerda los aspectos negativos de la escuela y la charlatanería hueca e inoperante de los malos enseñantes en varios de sus epigramas directa o indirectamente relacionados con el tema ¹⁸.

Al filo del cambio del siglo y antes de que se sintiera la brisa de libertad cantada por Tácito o Juvenal entre otros, M. Fabio Quintiliano no se contentó con deplorar y describir la caída de la elocuencia ¹⁹, sino que quiso aportar su experiencia e influencia para propagar su reacción clasicista y de admiración por Cicerón contra el mal gusto oratorio y la falta de contenido e inspiración ²⁰.

La elocuencia vive un momento de máxima corrupción, que Quintiliano quiere atajar, y busca las causas de tal situación: *res ista culpa docentium reccidit ut inter praecipuas quae corrumperent eloquentiam causas licentia atque inscitia declamantium fuerit* (2, 10, 3). En la mala situación de la escuela y de los maestros encuentran la causa y por ello es también sobre la escuela donde quiere poner el remedio más eficaz (2, 2, 9-10); pero ya desde el ambiente familiar tiene que arrancar la influencia saludable de los buenos ejemplos de los padres y familiares e incluso de los siervos (1, 2, 4-6). Al dar los trazos descriptivos de la situación entre los maestros que se apartaban de su ideal, que había descrito en 2, 2, 58, sabido es que englobó a Séneca el Filósofo, quizá excesivamente severo con él, a pesar de que reconocía su inmensa valía personal, sus muchas virtudes y su papel de fustigador de los vicios, pues a sus ojos el estilo oratorio que propugnaba y había practicado Séneca participaba de las características que era necesario desterrar y había cedido en muchas con-

18 Pueden cotejarse a este efecto las varias referencias y el comentario dados por Dolç, *Retorno...*, p. 221.

19 Sabido es que Quintiliano había escrito un tratado *De causis corruptae eloquentiae* que no nos ha llegado, del que el propio Quintiliano da algunas referencias en las *Instituciones*; Caplan, o. c., p. 179.

20 M. Fabio Quintiliano. *Institución oratoria, Libro décimo*, Edición, introducción y comentario por M. Dolç (Barcelona 1947) p. 46 ss.

descendencias hacia los jóvenes, mostrándose con ellos excesivamente indulgente en su magisterio. Llevado de tal impresión escribió esta censura contra Séneca criticando su suavidad y blandura como totalmente perniciosas: *Multa in eo claraeque sententiae, multa etiam morum gratia legenda, sed in eloquendo corrupta pleraque, atque eo pernicisiosissima quod abundant dulcibus uitiis* (10, 1, 129).

Frente a todo ello Quintiliano aspira a esbozar un modelo ideal de maestro y de educación, que puedan formar al hombre sabio y virtuoso, perfecto orador, acaso utópico, como reconoce el propio Quintiliano, pero que al menos ha de ser la meta de su aspiración: *Sit igitur orator uir talis qualis uere sapiens appellari possit, nec moribus modo perfectus... qualis fortasse nemo adhuc fuerit, sed non ideo minus nobis ad summa tendendum est*, meta puesta ya al inicio de la obra, las *Instituciones*, I, pr. 18-20. No se reducía su aspiración, lo remacha en 12, 1, 25, a la oratoria forense tan sólo, sino que engloba todos los valores del hombre, muy primordialmente los valores morales más elevados: *non enim forensem quandam instituimus operam nec mercennariam uocem... sed uirum cum ingenii natura praestantem... singularem perfectumque undique, optima sentientem optimeque dicentem*.

Para tener una norma última de referencia, resumen de todas las virtudes que debe atesorar el maestro, muy singularmente el saber tomar el lugar de un verdadero padre para con sus discípulos, redacta un programa que podemos resumir en que el maestro no tenga vicio alguno, ni lo consienta a sus discípulos²¹, tal como lo expone en 2, 2, 5-8: *Sumat igitur ante omnia parentis erga discipulos suos animum, ac succedere se in eorum locum a quibus sibi liberi tradantur existimet. Ipse nec habeat uitia nec ferat*.

En todo caso el ideal supremo se halla en Cicerón, el *Latinae eloquentiae princeps* (6, 3, 1) al que deben mirar

21 M. A. Galino, *Historia de la educación. Edades Antigua y Media* (Madrid 1973) p. 296 ss., ha efectuado un análisis pormenorizado de los requisitos que Quintiliano exige al maestro.

maestros y discípulos²². Para este sumo ideal de la elocuencia tiene Quintiliano los mejores elogios y la más completa admiración. La total asimilación a este ejemplo será la meta a la que se deba aspirar en todo momento como propone en 10, 1, 122: *Quare non inmerito ab hominibus aetatis suae regnare in iudiciis dictus est, apud posteros uero id consecutus ut Cicero iam non hominis nomen sed eloquentiae habeatur. Hunc igitur spectemus, hoc propositum nobis sit exemplum, ille se profecisse sciat cui Cicero ualde placebit.*

Juvenal que conoció profundamente el mundo de las declamaciones, según sabemos por su anónimo biógrafo, *ad mediam fere aetatem declamauit*, pasada la tiranía de Domiciano, se sintió libre para expresar sus vivencias y sentimientos. En la sátira VII nos ofrece una panorámica muy semejante a cuanto hemos visto en los restantes autores, con las salvedades inherentes al género poético y satírico en que se expresa. Muestra las aberraciones de la escuela en su estilo de enseñanza de la retórica, las penalidades en que se mueven los maestros, a los que, si bien se les exige toda clase de conocimientos y erudición por parte de los padres y de la sociedad en general, no se les quiere otorgar, sin embargo, la consideración y el estipendio merecido por su labor:

*nosse uolunt omnes, mercedem soluere nemo*²³
(VIII 157)

Aunque, irónicamente lo señala Juvenal, no está excluido que un golpe de Fortuna levante a un hombre excepcional, estaba aludiendo a Quintiliano y su comprometida situación dentro de la Corte imperial, a las dignidades máximas del Estado y le colme, además, de riquezas, para contraste con la miseria de los demás hombres dedicados a la enseñanza en sus diversos grados:

²² Es sorprendente la cantidad de citas ciceronianas que introdujo Quintiliano en las *Instituciones* que sobrepasan las seis páginas a doble columna en el *Index nominum et locorum* de la edición de M. Winterbottom (Oxford, Classical Texts, 1970).

²³ En los versos 228 ss. de esta misma sátira VII describe Juvenal las múltiples exigencias de aquella sociedad para con los maestros sin otorgarles recompensa alguna. Auerbach, o. c., p. 231, nota 8.

*si Fortuna uolet, fiet de rhetore consul;
si uolet haec eadem, fiet de consule rhetor*
(VII 197-98).

Las cartas de Plinio el Joven ²⁴, en el límite cronológico que nos hemos fijado, son también un material importante que nos muestra un nuevo ángulo de visión. Sin duda la influencia de Quintiliano como maestro, le llama *praeceptor meus* (2, 14), y, muy posiblemente, la lectura misma de las *Institutiones Oratoriae*, pueden reflejarse en sus escritos y en cierto modo ello es natural, aparte de estar formados en los mismos preceptos de la retórica al uso. Podemos pensar que en alguna esfera, siquiera fuese reducida, las inquietudes y enseñanzas de Quintiliano no fueron vanas, y, hasta podríamos asegurar que dieron su fruto ²⁵ o retrasaron, al menos, la pérdida definitiva de la elocuencia que atestigua más tarde Suetonio y que ya venía languideciendo como nos han mostrado estos autores del último tercio del siglo I.

Plinio es mecenas que ayuda a sus paisanos a montar una escuela en Como, su pueblo natal, donde los jóvenes pudieran aprender retórica sin exigírseles el traslado a otra ciudad fuera del ambiente familiar. A explicar estas circunstancias y las razones que le mueven a ello dedica la carta 13 del libro IV. En otras varias nos ofrece múltiples noticias de la retórica de las lecturas públicas en círculos más o menos amplios de amigos ²⁶.

En el caso de las amistades que piden su consejo para encontrar algunos maestros capaces y fiables para entregarles a sus hijos, Plinio puede encontrarlos y los apoya decididamente, recordemos la imposibilidad en que se veía Marcial en este mismo caso; esta es la situación de Julio Genitor, un hombre *emendatus et grauis*, del que todo cuanto oiga y aprenda el discípulo será provechoso y correcto. Las circunstancias morales puestas por delante de la elocuencia nos delatan la influencia de Quintiliano: *Proinde*

24 Clarke, o. c., p. 106 ss.

25 Caplan, o. c., p. 170; Dolç, *M. Fabio...*, p. 47.

26 Auerbach, o. c., p. 229 ss.; A. M. Guillemin, *Pline et la vie littéraire de son temps* (Paris 1927) cap. I, en el que se analizan variados aspectos del círculo literario de Plinio el Joven.

fauentibus dis trade eum praeceptorī, a quo mores primum mox eloquentiam discat, quae male sine moribus discitur (III 3, 7). En Julio Genitor vemos reflejadas gran parte de aquellas virtudes que esbozó Quintiliano en su maestro ideal y sobre las que se apoya, al parecer, Plinio para mostrar su idoneidad para recibir el encargo de la educación del joven, hijo del amigo de nuestro autor.

En el campo de la oratoria forense el panorama es mucho más desolador y de crisis y ruina. Apenas si hay vida fuera de causas banales y entre personas de escasa relevancia. Se ha confundido la realidad con los meros ejercicios escolares de declamación. Toda la carta 14 del libro II es un retrato pormenorizado de esta absurda situación. En el foro actúan los jóvenes sin ninguna experiencia y sin mentores responsables que sepan guiarles. Llevan tras de sí oyentes comprados para recibir su aplauso y adulación. Entre éstos los hay que viven únicamente de este salario por servir de eco en aquellos discursos huecos y sin sentido y del propio entorno de Plinio se han escapado dos de sus siervos para recibir unos denarios tan fácilmente ganados.

Como anteriormente, cifra su anhelo, y en ello ve la única solución para alcanzar una nueva etapa de esplendor en la elocuencia, en la imitación del admirado Cicerón, al que es preciso asemejarse y cuyas cualidades es preciso esforzarse por conseguir²⁷: *Te quidem, ut scribis, ob hoc maxime delectat auguratus meus, quod M. Tullius augur fuit. Laetaris enim quod honoribus eius insistam, quem aemulari in studiis cupio. Sed utinam ut sacerdotium idem, ut consulatum multo etiam iuuenior quam ille sum consecutus, ita senex saltem ingenium eius aliqua ex parte adsequi possim!* (IV 8, 4).

En conjunto podemos pensar que quizá en esta referencia tenaz y siempre constante de los escritores de esta época hacia Cicerón²⁸ estuvo su fracaso y su falta de visión para encontrar el remedio eficaz que hiciese levantar a la

27 En la carta I, 5, 12 se expresa claramente sobre nuestro tema: *'Est enim inquam mihi cum Cicerone aemulatio, nec sum contentus eloquentia saeculi nostri; nam stultissimum credo ad imitandum non optima quaeque proponere'*.

28 Caplan, o. c., p. 170.

elocuencia de su postración. Fue sustituida por la mera retórica escolar, siguiendo los caminos trazados por Quintiliano en las *Institutiones Oratoriae*, que constituyen el fruto más logrado²⁹, es verdad, de las diversas reacciones ante la situación degradada y penosa de la elocuencia a finales del siglo I y comienzos del reinado de los Antoninos.

JOSE MARTINEZ GAZQUEZ

29 Cf. nota 25 ;J. Oroz Reta, 'El arte de la palabra...', pp. 71-72.